

El día en que Castro “renunció” ...

Dicen que a perro macho lo capan una vez. Después de haber visto tanto engaño por parte de un solo hombre, uno se cura de espanto y no cree ni en su sombra. Este es el hombre que le enseñó todo a Hugo Chávez.

El Dr. Manuel Urrutia, juez que había presidido el tribunal que juzgó a Fidel en la *cárcel de Boniato* — quien reconoció en el juicio contra Fidel el derecho que tenían los cubanos a la insurrección —, fue colocado en la presidencia el 3 de enero de 1959. Lo primero que hizo fue nombrar un gabinete compuesto por cubanos prestigiosos, pero comenzó a protestar cuando notó que los comunistas se infiltraban en los cuadros más sensibles del gobierno, sin embargo, cuando Fidel decidió fustigar al gobierno norteamericano, a los pocos días del triunfo, el presidente Urrutia dijo explícitamente que apoyaba a Castro en todo lo que había dicho.

Caras nuevas estaban apareciendo... otras no tan nuevas pero sin nombres. A Urrutia no le tomó mucho tiempo para enterarse de que el *Che*, en *La Cabaña*, estaba metiendo comunistas en los altos mandos de su fuerza, así llegaron individuos como Armando Acosta, el líder comunista de *Las Villas*, que había sido mano derecha de Guevara en la “batalla” de *Santa Clara*; Marcos Armando Rodríguez, un recién inscrito en el PCC; Alberto Lavandeyra, educado en *Francia* y con la experiencia de la revolución de *Guatemala* y Ramón Nicolau, comisario de los cubanos que lucharon en la guerra civil española y contacto entre los comunistas y el *Directorio* en 1958. Indudablemente que estos nombramientos supusieron el comienzo de la influencia comunista en el Ejército Rebelde. Estos cuatro individuos se constituyeron en la punta de lanza que terminó minando el nuevo ejército. Lo mismo sucedía en todas y cada una de las instituciones del poder. Cuando Urrutia y su gente se vinieron a dar cuenta, estaban rodeados.

A los 16 días del triunfo de la

“*Revolución*”, el segundo secretario de la embajada norteamericana en Cuba, William Bowdler, había decidido que “*los comunistas estaban ocupando puestos en todas partes...*” y mientras esto sucedía, el *Pravda* soviético saludaba a la “*Revolución*” en los siguientes términos: “*El pueblo cubano ha apurado la amargura del sufrimiento hasta las heces y ahora no puede temerle. Los patriotas tienen el deber de completar la liberación...*” Ese apresuramiento “velado” de Chávez hacia el comunismo (o “nuevo socialismo”) se puede apreciar en muchos campos de su “revolución”, pero la gente no lo ve... o se niega a verlo, cuando sus intenciones están de anteojito, como se dice.

El carácter “burgués” que tenía el nuevo gabinete de Castro, sin embargo, ocultaba el hecho de que Urrutia gobernaba en vacío. Los gobiernos extranjeros dieron por sentado que, puesto que en su mayoría eran hombres de clase media, su gobierno también sería de clase media; y desde luego, Urrutia empezó enseguida a dedicarse a las agradables tareas de un presidente cubano del viejo estilo: pasaba el día recibiendo a periodistas y a antiguos amigos, al gran maestro de la *Logia Masónica*, a sacerdotes y obispos, al ex presidente Prío y, de vez en cuando, a los nuevos ministros. Utilizaba el lenguaje de la “*Revolución*”, pero esto ya lo habían hecho otros antes que él. Las iniciativas de Urrutia, sin embargo, se redujeron a proponer la liquidación del juego y de los burdeles. No era un hombre que se buscara muchas complicaciones. Duró poco. El sábado 13 de junio — seis meses y unos días después de haber prestado juramento como presidente de Cuba en una emotiva ceremonia en la *Universidad de Oriente* — tuvo que disfrazarse de lechero para que no lo reconocieran cuando se fue a asilar, apuradito, en la embajada de *Venezuela*.



Si algún gobernante ha sabido manipular a todo un pueblo, ese ha sido Fidel Castro...

Para deshacerse de Urrutia, Fidel llamó a Carlos Franqui y le dijo: “*Tengo problemas con el Presidente. No voy a recurrir al acostumbrado golpe de estado latinoamericano. Voy a ir directamente al pueblo, porque el pueblo sabrá lo que hay que hacer. Tú eres el único que sabe algo sobre esto. Quiero que hagas una edición especial del periódico (“Revolución”) anunciándolo. Cierra el lugar a piedra y canto y no dejes escapar una sola palabra. Será mejor que imprimas un millón de ejemplares... tú sabes, ¡con esos grandes encabezados que te gustan tanto! Daré las razones cuando me presente en la televisión...*”

“*Revolución*” salió a la mañana siguiente con un encabezado en grandes letras rojas que decía: “*¡FIDEL RENUNCIA!*” El pueblo enloquecía. Hubo demostraciones por todas partes, la nación entera se estremeció y virtualmente se detuvo.

“*A Fidel si le gusta joder a la gente*”, fueron las exactas palabras de Camilo Cienfuegos. Pero ésta no era la acostumbrada forma de “*joder*”. Castro iba a librarse de su presidente, pero lo iba a hacer a través de un nuevo tipo de acción política, a través de lo que era, en efecto, un “*golpe de televisión*”, en el cual un hombre no es simplemente sustituido en su cargo político, sino destruido y en el cual “*el pueblo*” pen-



Venezuela pasará a la historia como el ÚNICO PAÍS EN EL MUNDO donde un General en Jefe al frente del Estado Mayor Conjunto, es elevado a Ministro de Relaciones Interiores y Justicia luego de haberle pedido la renuncia al Presidente y éste haberla aceptado. Lo insólito es que fue nombrado ministro, por el mismo presidente a quién hicieron renunciar, luego de haber echado para atrás la renuncia. ¿Se lo sabría explicar usted a sus nietos?

aría que realmente tomó la decisión mediante lo que ahora se llamaba “*democracia directa*”... o “*participativa*”, como le llamaría décadas después Hugo Chávez, un metódico estudioso de Fidel Castro y de sus macabras y malévolas tácticas.

Fidel se desapareció de la capital y se escondió varios días. El pueblo incrementaba su incertidumbre ante la pérdida de su líder. La desorientación colectiva se adueñó de la nación entera. Nadie, incluso Urrutia, sabía qué hacer ni por qué Castro había tomado aquella dramática determinación de renunciar después de tantos “sacrificios”.

Cuando por fin volvió a *La Habana*, fue primero a la estación de televisión *CMQ* y habló tranquilamente durante unos treinta minutos. Entonces se lanzó en forma directa al grano, declarando que “*la razón de mi renuncia son las dificultades que he tenido con el presidente de la República*”. Ahí no paró la cosa. Continuó acusando a Urrutia de “alta traición” porque había hablado en contra de los comunistas. La actuación no sería olvidada nunca, porque era la más amenazadora que había realizado Castro hasta entonces y muchos hombres que habían estado con él hasta entonces, se sintieron asombrados por la ferocidad de su ataque contra un individuo que había cumplido a ciegas todos sus deseos. Era evidente que Castro estaba comenzando a radicalizar su “*revolución*” y tenía que deshacerse de los demócratas más obvios o de los personajes más peligrosos... no que Urrutia lo fuera, pero Camilo Cienfuegos, sí.

No había transcurrido siquiera un año desde su triunfo. En cada escenario que hablaba, tanto dentro como fuera de Cuba, no había hecho más que “asegurar” que él no era comunista. “Aseguraba” que jamás haría trato con los comunistas y daba cualquier tipo de razones de peso para acompañar sus palabras. Sin embargo, mientras él atacaba a los comunistas y al comunismo, no permitía que nadie más lo hiciera y lo que es aún más importante: permitía que el comunismo y los comunistas penetraran las instituciones más importantes del Estado. Eso lo podemos criticar ahora, pero entonces el pueblo se negaba a aceptar las campanadas de alarma que muchos dieron. En su mayoría, el pueblo cubano se negaba a abrir los ojos. Esta-



Carlos Franqui, fundador de “Revolución”, órgano divulgativo de Fidel Castro. Hoy en su exilio cuenta la verdadera historia.

ba ciego de esperanza ante un hipnotizador de serpientes que se apoderó de las cámaras de la televisión cubana para engatusar a sus conciudadanos.

El pueblo, actuando como una masa ingenua, no estaba preparado para lidiar con un líder tan inmensamente poderoso, desleal, embustero, calculador y maquiavélico como Fidel



Manuel Urrutia, de lentes oscuros entre El Che y Camilo, pensó—por un momento—que era el presidente de Cuba.

Castro Ruz. El honesto juez rural, Manuel Urrutia, formaba parte de ese pueblo. En cuanto a él, que también había sufrido para salvar a Cuba, se encogió como un animal acorralado ante tan inesperadas y feroces calumnias de

quien hasta entonces se había mostrado siempre amigable y cordial. El hombrillo, pequeño y modesto, con una larga nariz muy española y sus lentes oscuros, se ocultó en su oficina del palacio presidencial, para mirar su aparato de televisión como si estuviera en estado de shock, mientras su leal secretario gritaba al rostro de Castro que aparecía en la pantalla de la TV: “¡*Mientes, mientes...!*”

Fue entonces cuando Urrutia empezó a llorar en forma incontrolable. Aquella no era una simple maniobra política en la que un hombre sustituye a otro, con frecuencia sin rencor, porque todo es simplemente parte del juego del poder político; aquello era un golpe de estado emocional, psicológico, carismático, en el que el usurpador usó cuanta táctica y cuanto vehículo psicológico pudo encontrar no sólo para destruir la eficacia, la legitimidad y la reputación del hombre, sino para destruir a su grupo y a su clase con él. Castro ya no necesitaba a Urrutia, con sus puntos de vista moderados, así que se libró de él y junto con él, de cualquiera que tuviera puntos de vistas similares. Para Fidel había llegado la hora de romper definitivamente con la imagen del padre e insurge sistemático y destructivo contra todo aquello que le recuerde la clase dirigente cubana. Y así, de institución en institución, de pueblo en pueblo, va destruyendo sistemáticamente todo cuanto encuentra a su paso como verdadero ángel exterminador.

Urrutia fue inmediatamente sustituido por un oligarca comunista de vieja data, miembro de la alta sociedad de *Cienfuegos*: el Dr. Oswaldo Dorticós, quien años más tarde terminó volándose la tapa de los sesos. Fidel decía que él no quería nada... que su misión había concluido con el derrocamiento de Batista y se dio el tupé de renunciar a su cargo de “*Máximo Líder*” de la “*Revolución*”. Lógicamente que entonces el pueblo no lo dejó renunciar. Fidel “aceptó” la jefatura del “*Ejército Revolucionario*” y más pronto que tarde “se sacrificó” asumiendo el cargo de Primer Ministro de Cuba. Cuando se presentó como jefe del “*Ejército Revolucionario*” ante lo que quedaba del “*ejército regular*” y los otros grupos armados que colaboraron por igual en el derrocamiento de Batista, pronunció su famosísima frase: “*¿Armas para qué?*”

Venezuela pasará a la historia como el ÚNICO PAÍS EN EL MUNDO donde un tirano - quien lo controla todo - acepta una “derrota electoral” por una supuesta presión militar y luego siguen tan campantes, el tirano y los supuestos militares que lo presionaron... de los cuales, hasta ahora, no se conoce un solo nombre ni un solo oficial destituido por motivos “extraños”. Son eventos confusos que nos confunden sobremanera. ¿Se lo sabría explicar usted a sus nietos?

